

DIEZ

4

AÑOS DE LA POLÍTICA PÚBLICA LGBTI EN BOGOTÁ

**La escritura
es un hecho
político**

Una edición
especial con textos
provenientes del
taller de escritura
Arcadia-Diez.



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.

**BOGOTÁ
MEJOR
PARA TODOS**

Semana
ARCADIA
NOVIEMBRE / 2017



Foto Alfonso J. Venegas

DIEZ
AÑOS DE LA POLÍTICA PÚBLICA LGBTI EN BOGOTÁ

Alcalde Mayor de Bogotá
Enrique Peñalosa Londoño

Secretario de Planeación
Andrés Ortiz Gómez

Subsecretaria de Planeación Socioeconómica
Paola Gómez Campos

Director de Diversidad Sexual
Juan Carlos Prieto García

Asesor de Comunicaciones Dirección de Diversidad Sexual
John Marlon Rodríguez García

Asesora de Contenidos Dirección de Diversidad Sexual
Nury Cristina Rojas Tello

Directora Instituto Distrital de las Artes - Idartes
Juliana Restrepo Tirado

Subdirector de las Artes del Idartes
Jaime Cerón Silva

Asesor del programa de población LGBTI del Idartes
David Camilo Castiblanco

Asesor de la Oficina de Comunicaciones
Daniel José Téllez Vargas

Gerente de Literatura
Alejandro Flórez Aguirre

ARCADIA
Director
Juan David Correa

Diseño
Magno Castillo Valencia
Camilo Riaño

Corrección
Sergio Rubiano

Dirección Comercial
Marcela Chaverra

Sede: Carrera 11 n.º 77A-49
Bogotá, Colombia PBX 6468400
©Publicaciones Semana S.A.
Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización de Publicaciones Semana S.A.
ISSN: 1900-589X
Printed in Colombia

Esta publicación es parte de:



ESCRIBIR PARA QUE LAS COSAS NO SE OLVIDEN

Uno podría decir que el título de esta nota editorial encierra una especie de arrogancia por el prestigio del que goza la memoria y no el olvido. Pero lejos de dicha pretensión, Arcadia, Idartes y la Dirección de Diversidad Sexual de la Alcaldía de Bogotá llegan a este fin de año con cuatro números de un proyecto que comenzó con el sueño de entregar un medio, una pequeña revista, con historias, reportajes, crónicas, fotografías e infografías de eso que se ha dado a llamar los sectores LGBTI y que no es otra cosa que un grupo heterogéneo de sensibilidades incluidas en una sigla que, de alguna manera, también los ha excluido de la vida pública de la ciudad. Dicha idea, la de un pequeño medio que movilizara y les diera un lugar, una especie de medida de las cosas a estas personas, ha conseguido, en poquísimos meses —apenas un semestre— movilizar historias, ideas, versiones de la realidad y textos que de alguna manera concretan el sueño de miles de personas que han dado luchas desde hace por lo menos cuatro décadas y que han sido invisibilizadas. Esta historia, que esperamos continúe en 2018, es solo la primera apuesta para que los medios de comunicación tomemos conciencia de las diferentes miradas que soslayamos por estar concentrados en el *statu quo*. *Diez* ha sido la primera piedra para que, entre todos, insistamos en la necesidad de educar y crear lectores capaces de tolerar la diferencia, de abrazar por igual a mujeres y a hombres sin importar su identidad de género y su orientación sexual.

Esta historia comenzó en 2016, cuando nos reunimos con el escritor Alonso Sánchez Baute y el director de la Dirección de Diversidad Sexual, Juan Carlos Prieto, en su pequeña oficina del edificio de Catastro, en la calle 26 con avenida NQS. A instancias de Sánchez, uno de los novelistas y escritores que más han abierto espacios para lo LGBTI en nuestra sociedad, conversamos con Prieto y Cristina Rojas de un proyecto que quizás algún día verá la luz, y que no era otra cosa que una revista escrita y pensada desde las sensibilidades LGBTI. Valga reconocer a quienes en ese entonces se reunieron con nosotros para apoyar la idea con sus valiosos aportes. Sin embargo, esa revista necesitaba sumar aliados comerciales que jamás aparecieron, y así, la Dirección de Diversidad Sexual en compañía de Idartes vieron la posibilidad de celebrar una política pública creando memoria, dejando una huella en el camino, para insistir en que no era —ni es— dueña de la verdad revelada, pero sí que esa política es una conquista social que no debe despreciarse.

Una vez definimos la hoja de ruta de este primer año, fue ineludible pensar en para quién y para qué se haría este medio si no era, también, para los propios sectores. Por eso, de manera paralela a la aparición del primer número de *Diez*, comenzamos a realizar talleres de escritura, dirigidos por el escritor Álvaro Robledo, la escritora uruguaya Fernanda Trías y yo mismo. Los tres, durante cinco sesiones cada uno, trabajamos con grupos movilizándolo la idea de que la escritura era importante en tanto más honesta y despojada de veleidades. Y eso, quizás, queridos lectores, es lo que ustedes podrán leer en esta cuarta entrega de *Diez*, la última de este año. Un puñado de textos surgidos de los talleres que dan diversas miradas a la realidad. Desde el perfil de apertura, que se mete con la figura del filósofo Édgar Garavito y su concepto de la transcurividad aplicado al género, hasta las crónicas y opiniones de algunos de los asistentes que llegaron a este puerto pero que no son, por supuesto, los únicos. Se quedan decenas por fuera, que esperamos ir publicando en nuestras entregas de 2018, pues creemos firmemente que las voces que no hemos escuchado tienen mucho que enseñarnos en un país que, esperamos, quiere caminar hacia la reconciliación. Son ellos quienes han aprendido a tolerar y a vivir en función de un discurso y una actitud más abierta, viviendo la felicidad y la tristeza en comunidad; son ellos quienes no han podido ser dejados en paz y libres de acuerdo a una moral retrógrada y llena de miedos que los ha excluido sistemáticamente. Y aunque todo ello les ha pesado, y no ha sido un camino fácil, han logrado organizarse, defender con derechos aquello que les ha sido negado por las costumbres de un país en el que, como lo dijimos en una revista *Arcadia* de hace unos meses, cabemos todos.

NdlR. En el pasado número de *Diez* cometimos el error de mencionar que Parces ONG, en liquidación, continuaría bajo otro nombre y no es así. Además, la fotografía de la sección Memoria corresponde a Nicole, activista trans que está viva y no a Wanda Fox. Mil disculpas.

Juan David Correa - Director de Arcadia - Publicaciones Semana

ÉDGAR GARAVITO, 1948-1999



==

UNA POÉTICA DE LA TRANSFORMACIÓN

Cristina Rojas Tello*
Bogotá



En abril de 1948 doña Cecilia Pardo de Garavito tenía siete meses de embarazo. El 9 de abril fue asesinado uno de sus hijos. Édgar Garavito, nacido en junio de 1948, decía que esa fecha había marcado su vida y su filosofía; afirmaba que él había absorbido el dolor y el miedo de su madre y que, desde ese momento, y durante toda su existencia, había sentido el deseo de no haber salido del vientre.

*

Tras las huellas de Édgar Garavito contacté a Consuelo Pabón, su esposa y compañera en el momento más prolífico de su vida filosófica e intelectual. Pactamos encontrarnos en su casa de La Calera, ubicada justo antes del peaje de Patios, un día de semana, a las nueve de la noche.

Ella misma me abrió la puerta. Es una mujer hermosa, de unos 50 años, con una sonrisa cálida y un aire entre mágico y erudito. Pabón ha dedicado su vida al oficio de la filosofía. Entre sus

*Profesional de la Dirección de Diversidad Sexual del Distrito.

En 2018 Édgar León Garavito Pardo estaría cumpliendo 70 años. Para su aniversario se prepara un libro que contiene varios de sus manuscritos inéditos de sus clases en Los Andes y en la Alianza Colombo-Francesa. Un homenaje a un filósofo que pensó lo trans en Colombia, antes de que se hablara de ello.

temas de investigación están el cuerpo, el arte, el *performance*, la crueldad y el chamanismo. Es profesora de la Universidad Pedagógica Nacional. Se doctoró en París VIII con una tesis llamada “La filosofía y su doble”, que contrasta con su más reciente investigación sobre las formas alternativas de construir la paz desde el saber indígena, particularmente desde la danza. Su cátedra de Pensamiento Colombiano es un desafío a la filosofía tradicional, que no se limita a los filósofos europeos, sino que muestra a sus estudiantes que en Colombia se hizo pensamiento filosófico desde antes de la conquista y que se sigue haciendo hoy en día, como lo constata en sus viajes a diferentes comunidades indígenas.

Su casa es un lugar de libros, de objetos indígenas, que huele a chimenea y a madera. Había pensado que a esa hora íbamos a estar solas para

hablar de Édgar Garavito, pero estaba reunida con varias personas, algunas de ellas indígenas del Putumayo, de Puerto Leguizamón, de rasgos fuertes, selváticos y rotundos. Me invitó a sentarme frente al fuego y me ofreció agua de panela caliente. Luego, me preguntó por mi proyecto de investigación. “Para entender la transcurividad hay dos autores fundamentales: el primero es Nietzsche, sobre todo el libro cuarto del texto *Así habló Zaratustra*; el otro autor es Fernando Pessoa quien, en una sola noche, se transformó en 14 personalidades diferentes que, cada una, escribían distinto. Es allí cuando

aparece la transcurividad en la literatura”, me dijo. Y agregó que le había interesado mi investigación porque desde los estudios de género nadie le había preguntado por la transcurividad. Aseguró que nada

**ÉDGAR GARAVITO,
NACIDO EN JUNIO
DE 1948, DECÍA QUE
ESA FECHA HABÍA
MARcado SU VIDA Y
SU FILOSOFÍA.**



↳
Édgar Garavito y
su compañera,
Consuelo Pabón, a
finales de los años
ochenta

era casualidad y que prefirió invitarme a hablar de Édgar en ese contexto, pues fue el chamanismo el primer tema que lo llevó a pensar la transcurividad. “El primero pero no el definitivo ni el más determinante”, sentenció.

Fue el transcurso de chamán a Tigre Mojano lo que en un principio despertó la curiosidad de Édgar Garavito y un ejemplo recurrente en las clases de antropología que dictaba en la Universidad de los Andes entre 1981 y 1982, para explicar la transcurividad dentro del discurso antro-

pológico. El Tigre Mojano es, en resumen, un tigre espiritual. En aquellas clases acostumbraba invitar a su amigo William Torres, quien era un antropólogo de la Universidad Nacional que inició un camino de conocimiento a través del chamanismo a finales de los años ochenta, conocido por sus investigaciones etnográficas con las comunidades huitoto, sikuani, koguis, kamentsá y por su libro *Uturuncu Runa, historias de la gente jaguar*, cuyo tema principal es precisamente la transformación del chamán en jaguar.

Escuchar a Consuelo hablar de Édgar es experimentar cómo se intercambia constantemente el maestro, el amante, el filósofo, el amigo, el cómplice, el personaje insufrible que la impulsaba a salir de la pequeña habitación en París a caminar por el frío solo para regresar horas después y reiniciar algún juego erótico que les permitía ser otros.

Pero más allá del devenir tigre del chamán fue el mismo Édgar una suma de transcurios vitales, transcurios por ➔

→ lugares, estudios, personalidades pero con lugares fijos que sirven de puntos de observación a sus transformaciones.

La transcurividad: crítica de la identidad psicológica, publicado en el año 1997, pero escrito entre 1980 y 1985, fue el trabajo de grado con el que obtuvo su título de doctor en filosofía y una de las 15 tesis que dirigió el pensador francés Gilles Deleuze a lo largo de su vida académica. Otros de sus textos son *Escritos escogidos*; *La risa heterogénea o los peligros de la homogeneidad*; *Tiempo y espacio en el discurso de Michel Foucault*.

Para Garavito, la misión del filósofo es la de crear conceptos: el concepto es la herramienta del pensar filosófico, y estos conceptos cumplen una función social y política pues las sociedades han hablado a través de sus filósofos: el pensamiento cartesiano del siglo XVII, el pensamiento kantiano del siglo XVIII y el pensamiento nietzscheano del siglo XIX. Cumpliendo este precepto, Édgar creó el concepto de la transcurividad. Su obra está profundamente influenciada por el pensamiento francés, particularmente por la obra de Gilles Deleuze.

*

Édgar en un principio entró a la Universidad Nacional de Colombia a estudiar Medicina. Estando en segundo semestre cayó en una depresión que le hizo pensar que ese no era su lugar. No resistía el olor a formol, las prácticas en la morgue. Estando en esa crisis llegó a leer a Henry Marcuse en plenos años setenta. Este y otros autores le abrieron un camino que le permitió interpretar todos los aspectos de la contracultura y darse cuenta de que tenía una facilidad especial para entender la sociología y la filosofía. Decidió entonces entrar a estudiar Sociología en la Universidad Santo Tomás.

A pesar de encontrar un lugar más acorde a su sentir, su espíritu crítico lo llevó a crear resistencia frente al carácter religioso y clerical de la institución dentro de un movimiento estudiantil al lado de Consuelo Uribe y German Rey, entre otros.

Esta movilización hizo que lo expulsaran de la universidad y, por eso, se mudó a Medellín para terminar sus



➤
Gilles Deleuze,
a la izquierda, y
Édgar Garavito, a la
derecha, en París.

estudios de Sociología en la Universidad Autónoma Latinoamericana.

Intellectualmente, en los años setenta, Medellín era muy diferente a Bogotá. Allí el pensamiento francés estaba a la orden del día, Foucault y Deleuze eran estudiados con dedicación mientras que en Bogotá aún prevalecía el estudio del marxismo.

Es en Medellín donde Édgar profundiza en Deleuze y en Foucault se convierte en conocedor de su obra. Tanto conoció la obra de estos dos filósofos que profesores en Medellín como Antonio Restrepo y Luis Alfonso Palau lo invitaron a dictar clases sobre filosofía

francesa cuando todavía era estudiante. Allí comenzó a forjarse como educador al igual que sus padres.

Tras graduarse en Medellín, Garavito regresó a Bogotá y se hizo maestro en varias universidades de la ciudad. En este mismo momento se fue

a vivir con Consuelo Uribe, su primera compañera. En 1977, Garavito se fue a estudiar a París, a la Universidad de la Sorbona donde, precisamente, conocería a Deleuze. El filósofo postestructuralista, nacido en París en 1925, fue uno de los grandes críticos e inspiradores de mayo del 68. Y entre sus obras, como *La lógica del sentido*; *El Anti Edipo* o *Mil Mesetas*, Garavito sintió que había encontrado una inmensa fuente de conocimiento. A finales de los años setenta Édgar se graduó de la Sorbona y regresó a Bogotá. En 1979 se hizo maestro de la Universidad de los Andes. Ese mismo año se separó de Consuelo Uribe. En estos años Édgar estuvo de un lado a otro, incluso estuvo un tiempo en España como invitado de German Rey y su esposa, donde escribió algunas columnas para el diario *El Mundo* y el ensayo *La máquina barroquizante* y *Roland Barthes: una filosofía del placer* que hace parte de su libro *Escritos escogidos*. En ese momento, Deleuze aceptó ser su tutor de tesis de doctorado. En 1981, y de regreso a la Universidad de los Andes, conoció a Consuelo Pabón, su segunda compañera.

**NO RESISTÍA EL
OLOR A FORMOL, LAS
PRÁCTICAS EN LA
MORGUE. ESTANDO
EN ESA CRISIS LLEGÓ
A LEER A HENRY
MARCUSE EN PLENOS
AÑOS SETENTA.**



➤
Marilyn Monroe,
una de las
fascinaciones de
Garavito.

*
Estas líneas de esbozos autobiográficos solo pretenden demostrar que toda la vida de Édgar Garavito fue un transcurso. En 1981, viajaría de nuevo a París, en donde se encontraría con Pabón, para adelantar estudios en París VIII, la universidad en la que Deleuze y varios filósofos de una universidad habían creado en Vincennes, un suburbio de París, y luego trasladada al norte de la capital francesa, a Saint Dennis, como un experimento social tras los acontecimientos de mayo de 1968. Una universidad libre, o con la ilusión de serlo. Allí Édgar adelantaría su doctorado sobre la transcurividad.

Todo en Édgar, insisto, fue un transcurso: desde su infancia hasta su relación con Consuelo Pabón, desde la pluralidad de identidades que lo habitaban hasta París. Seguramente muchas más razones había, pero fueron principalmente estas tres las que lo precipitaron en la búsqueda de un concepto que diera cuenta de la experiencia vital que rompe la identidad impuesta. La necesidad de explicar esos recorridos pulsionales del ser humano lo llevó al concepto de la transcurividad.

*
La palabra “consuelo” persiguió a Édgar durante toda su vida; fue un punto fijo en medio de sus transcurros. Cuando era niño, se empecinó en que le regalaran una muñeca, lo cual no era bien visto ni en esa época ni ahora. Fue tanta su persistencia que un día se la regalaron. La muñeca se llamaba Consuelito. Ese nombre, decía Édgar, lo había marcado, porque así mismo se llamaron sus dos compañeras: Consuelo Uribe y Consuelo Pabón.

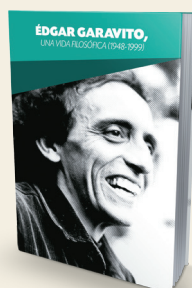
Su relación con Consuelo Pabón fue un escenario de experimentación, de creación. Un lugar, tal vez el único, en

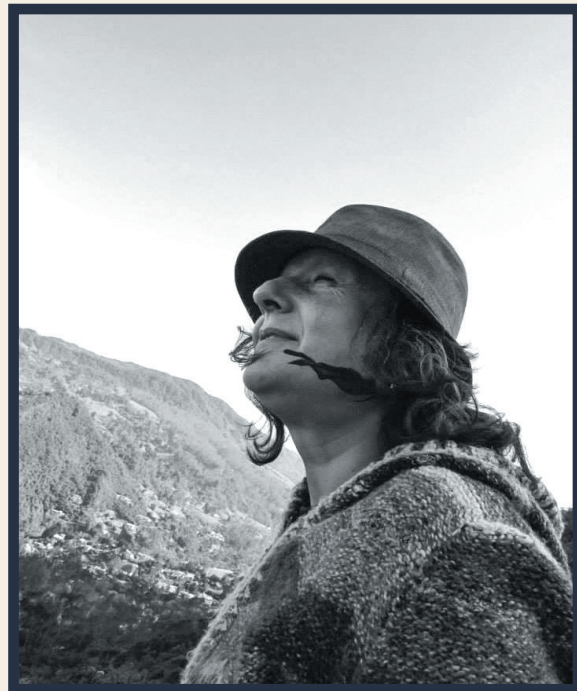
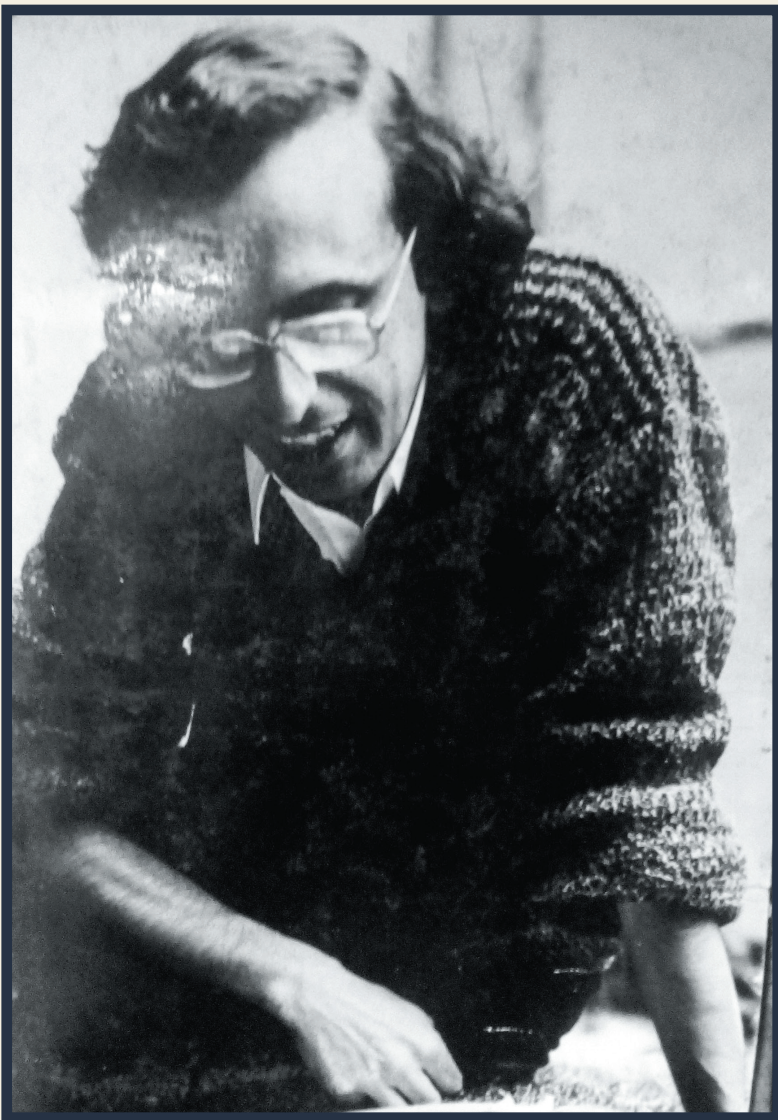
LA OTRA APUESTA ERA LA DE CONSTRUIR OTRO TIPO DE RELACIÓN, EN LA QUE LOS ROLES IMPUESTOS DE LO FEMENINO, LO MASCULINO O DE LO HUMANO PODÍAN INTERCAMBIARSE O DESAPARECER.

el que pudo ser él mismo y pudo sacar a la luz todos los transcurros que lo habitaban, gracias a la complicidad de una compañera que lo empujaba a la aventura de ser o, más bien, de no ser. La suya fue una relación perversa, como ella misma la describe. Perversa porque se permitía muchas cosas que una pareja convencional de aquellos tiempos no se hubiera atrevido. Consuelo Pabón fue una compañera sexual, una interlocutora, una mujer discursiva que no temía transformarse en otros seres. Una mujer con la capacidad de convertirse en otros seres fue una apuesta frente a la que Édgar no dimitió, todo un campo de experimentación.

La otra apuesta era la de construir otro tipo de relación, en la que los roles impuestos de lo femenino, lo masculino o de lo humano podían intercambiarse o desaparecer, donde lo más importante era la experiencia vivida como una aventura filosófica. “Nuestro amor estuvo vinculado directamente con la guerra, guerra de cada cual contra sí mismo y contra el peligro de caer en una identidad, en un nosotros, en una conyugalización. Fuimos aliados en la pasión suprema de destruir nuestras propias identidades”.

Ese fue el sentido erótico y filosófico que sustentó su relación durante los 15 años que estuvieron juntos. Después de su separación, Édgar moriría y Consuelo tomó la decisión de seguir caminando sola. “Esa fue nuestra tragedia, solo podíamos funcionar si teníamos una perversión que nos pudiera mantener juntos, por eso fue una relación trágica, porque no pudimos separarnos”. Consuelo era ménade, ella





↗
Consuelo Pabón en
2014.

↖
Fotografía de los
años noventa.

→ encarnaba la estética de la crueldad. Édgar era el anacoreta, el encarnaba en sí mismo la transcurividad.

*

A Édgar le gustaba andar por las ciudades asimilando el lugar donde estaba, fue volviéndose parisino aún cuando era colombiano en un acto consciente para asimilar y absorber toda aquella ciudad. Se transformaba en el lugar y en la persona con la que iba a interlocutar según la edad, la cultura, la posición socioeconómica, incluso el género, en un acto que implicaba preparación previa hacia ese transcurso. Esos transcurros le permitían ser otro y entenderlo. El transformarse en el otro era una tarea filosófica, pues no era representación ni actuación, era vivencia. Retomaba para ello el concepto de Deleuze de cambio de velocidad y en eso cambiaba su ropa, su pronunciación, su traje.

LA TRANSCURSIVIDAD COMO CONCEPTO DEFINE LA POSIBILIDAD DE TRANSFORMACIÓN DEL SER HUMANO EN UN SER DIFERENTE AL QUE IMPONE LA BIOLOGÍA, LO JURÍDICO, LO SOCIAL.

París siempre habitó a Édgar. Allí tenía a Gilles Deleuze por maestro, *Mil Mesetas* en el horizonte, a Consuelo como interlocutora y la imagen de Marilyn Monroe que siempre refa en el techo de la pequeña habitación parisina.

A Édgar le encantaba ir a las calles de prostitutas en París: la Rue Saint Denis y la Rue Blondel. En esas calles habitaban mujeres que exhibían sus cuerpos de formas elegantes, seres a los que les gustaba asumir diferentes identidades en su quehacer. Había, por ejemplo, una Úrsula Andress, una Venus de las pieles y otros personajes diversos. Ellas asumían una pluralidad de identidades en su oficio y eso a Édgar le encantaba. Un París de prostitutas transcurtivas fue otra inspiración para él.

La transcurividad como concepto define la posibilidad de transformación del ser humano en un ser diferente al que impone la biología, lo jurídico, lo social, incluso lo que imponen los propios transgenerismos. Permite reconocer el franqueamiento de la identidad y el resurgir de un nuevo yo en constante transformación, sin que esto se lea desde lo médico o lo patológico. En ese sentido, una experiencia de vida trans desde el concepto de transcurividad más que leerse como una enfermedad a curar, se lee como una experiencia poética, filosófica y estética.

Cuando le pregunté a Consuelo qué pensaría Édgar hoy frente al tema de la diversidad sexual, me respondió que estaría feliz de ver cómo las personas hacen cada vez más visibles sus transcurros por el género. Seguramente sería muy crítico frente a la idea de tránsitos que tienen un solo sentido o que se detienen o llegan a un lugar fijo. ☘

EXPRESARTE

Invitación pública para el reconocimiento de creaciones musicales, literarias, audiovisuales, plásticas, dramáticas y en danza, enfocadas en la **diversidad sexual**.

En 2017, **85** creaciones participaron por **6** reconocimientos.

En 2018 se espera convertir esta iniciativa en una Beca de Circulación en el marco del Programa Distrital de Estímulos.

Mayores informes en:
www.idartes.gov.co

COMUNICARTE



te amamos
Bogotá



BOGOTÁ
MEJOR
PARA TODOS



Curruca tropical
(*Polioptila plumbea*)
70x90 cm
Fotografía digital.
Bogotá.
2016.



RE-ACTIVA BERLÍN

El descubrimiento de un amor, de una pulsión, de una relación entre dos HSH -hombres que tienen sexo con otros hombres- es también el inicio de un enfrentamiento con la idea de la muerte, de la enfermedad y el valor y la responsabilidad de enfrentarla. Historia de dos hombres.

CamiloArt *
Bogotá

El día en el que se conocieron Alejandro y Patrick ocurrió lo que nunca más volverían a hacer (de esa forma). Días antes del encuentro acordaron telefónicamente una entrevista luego del concierto gratuito que Patrick dirigiría en la Filarmónica de Berlín. Y así fue. Cumpliendo la cita, Alejandro tocó a la puerta y en menos de nada Patrick estaba desajustándole el cinturón. No hubo tiempo de explicaciones, no tenían protección. Esas cosas a veces pasan, de momento, sin planearlo. Solo esa vez lo hicieron así. En adelante se cuidaron, pero pues ya qué.

Patrick se preocupó cuando supo la situación de su efebo. Era de esperarse. *Ad portas* de irse a Berlín y que ocurriera todo esto, su esposa le propuso que, mientras el viaje, abrieran la relación. Ahora se arrepentía de haberse negado. En estas circunstancias, él también podría estar en riesgo. No tenían otra opción que esperar, Alejandro y Patrick, el resultado. No era tanto, tres meses y sabrían. En ocasiones la tensión los acompañaba y resto de preguntas. ¿Qué pasaría con Carlyne y las niñas? ¿Cambiaría su relación consigo mismo de ser positivo? ¿Quién tenía la culpa?

Patrick desde jovencito sentía tanta cercanía con la muerte, con el otro lado.

En realidad no le afanaba tanto. Podría tener un diálogo más efectivo con ella. Recurrió a la literatura y los viajes, a besar la cara peluda de Alejandro. Carlos Castaneda era su oráculo; Fernando Pessoa, su santo. Cambió las novelas por los cuentos. Dejó de lado a Carver por ser tan hetero para esta faceta, se volcó en los *beats*, en Ginsberg, en Burroughs. Patrick y Alejandro se fueron a vivir juntos. La pasaban bien; cocinaban, salían a bailar, leían como cerdos, sacaban fotos y hacían el amor todo el tiempo. No era muy diferente con Carlyne. Cocinaban, salían a bailar, leían como cerdos, ella pintaba y él componía en el piano y hacían el amor todo el tiempo. Él la extrañaba, pero no la estaba pasando mal. Carlyne sabía todo de él, bueno, casi todo, incluso que su *roomate* en Berlín era Alejandro. Estaba al tanto de los planes de su esposo, los sitios que visitaba con su amigo, era la primera en darle “me gusta” a sus fotos en Instagram.

Pasaron tres meses y el resultado dio reactivo. Lo esperaban. Alejandro estaba diagnosticado hace cuatro años. Había sido un accidente, pero ¿qué se le va a hacer? Inició tratamiento recién ocurrió la transmisión y la verdad es que no sentía nada de odio por el tipo que había sido. Esto no era un asunto de culpas, ni de odios. Esas cosas pasan. Y Patrick tampoco odiaba a Alejandro. Lo quería mucho. ¿Quién iba

a imaginar que apenas cerraran la puerta del camerino pasaría eso? En verdad no hubo tiempo para hablar.

En Alemania, a Patrick le quedaban más de tres años para terminar su contrato con la Filarmónica de Berlín. En esos años viajó algunas veces a Colombia, visitaba a su esposa que, claro, lo extrañaba, pero se enfocaba en la pintura en su ausencia, además porque siempre que Patrick estaba, ella se distraía mucho. Eso era lindo, pero a veces un poco raro. Les llevaba regalos a sus hijas, a Carlyne la llevaba a restaurantes lindos, hablaban todo el tiempo, como enamorados. La pasaban muy bien, jugaban con las niñas, él cocinaba para todas. Ambos se dedicaban a una crianza más tradicional.

A Carlyne le inquietaba un poco que luego de tantos años juntos, él llegara con la obsesión del condón; por arriba, por abajo, siempre y casi para todo. Ella no quiso preguntarle por qué. Imaginaba cosas, no era tonta. Pero él estaba allá y ella estaba acá y en ese tiempo que compartían, lo que primaba era pasarla bien. También ella se cuidaba en su ausencia, ni más faltaba. La noche antes de volver a Berlín, él le pidió a ella que se pusiera un dildo. Ella accedió, animosa, al acto. Tomó a su esposo por la espalda, lo llenó de lubricante y se corrieron. ¿Por qué no habíamos hecho esto antes? Preguntó ella. ●

* Escritor. Trabaja en la Liga Colombiana de Lucha Contra el Sida.



LA FUTILIDAD DE LAS ETIQUETAS

Silvia Bustos

“**N**o fue la primera, fue la segunda, la primera fue es”, respondió mi amigo filósofo. Yo acababa de afirmar que la primera etiqueta que me habían puesto era la de “niño”: por tanto, no había considerado que hombre varón era la segunda. A esa etiqueta inicial que nos reconoce la vida, a ese “es”, podemos agregar cualquier tipo de adjetivo que nos etiqueta y, esperamos, le dé algún sentido a nuestra vida. Nuestra identidad suele tener más adjetivos que sustantivos o verbos: colombiano, bogotano, rico o pobre, alto o bajo, inteligente o pendejo, gordo o flaco. Además, nos pone en un grupo de personas, sacándonos de otro. Con frecuencia las etiquetas quieren decir realmente algo muy diferente a lo que parecen decir, la etiqueta “inteligente” solo se usa conmigo para decirme “usted que es tan inteligente, porque hace esto o aquello”.

En el caso de las personas que nos salimos de las normas de género y sexualidad, el uso de las etiquetas parece ser indispensable. El primer encuentro con ellas es liberador: “¡Ah! No soy la única persona en el mundo asignado ‘niño’ al nacer que ahora quiere ser mujer. Soy travesti” —por usar una de muchas etiquetas posibles—. Es una maravilla, tiene nombre lo que soy, hay otras personas en las mismas, no soy un bicho tan raro. El segundo momento es político: reivindicamos nuestros derechos: las lesbianas necesitamos, los bisexuales queremos. Y luego llega el momento de los juicios: “¿Cómo así que eres gay y tienes dos hijos?”, “¿quieres ser una trans y no quieres hormonarte, ni operarte?”.

Entonces te das cuenta de que el acrónimo LGBT es insuficiente, no permite todas las expresiones y se ha vuelto el espacio de ejercicio de poder para una pequeña élite de activistas. También descubres que la endodiscriminación es más fuerte que la discriminación externa. Las trans tienen



prohibido el acceso a los bares gay de Chapinero, pero también lo tienen prohibido los gordos y las gordas, en especial las que tengan cara de machorras. Y si profundizas descubrirás que las organizaciones de personas trans tienen menos opciones de ser financiadas que las organizaciones que, aunque trabajen el tema trans, sus miembros son personas no-trans.

En el fondo, lo que prevalece es la idea de demostrar que las personas LGBT somos “normales”, para ello se establece una norma, una normatividad LGBT. Un gay “normal” debe ser así, una lesbiana “normal” debe ser así, una persona trans “normal” tiene que ser esto y aquello.

Ser “normal” es la esperanza de que no me jodan, de que me dejen trabajar, vivir, comer, dormir, como a cualquier otra persona. Ser “normal” es tener el mismo derecho que cualquier otro, pero ser normal es también encerrarse en la norma, no incomodar a quienes son normales. ¿Cómo representarse a sí misma/o en un género diferente al asignado y no ser incómodo para los otros?

Debería plantearse el asunto al contrario. ¿Por qué me tienen que joder por ser

diferente, incómodo, transgresor? ¿Por ser “anormal” me quita el derecho a trabajar, a vivir, a comer, a dormir como cualquier otra persona?

Esta crisis de las etiquetas, o mejor de las identidades, no afecta solo a los anormales, por ejemplo, la etiqueta heterosexual es algo cada vez más difícil de entender. Cada día hay más hombres que tienen sexo con hombres, pero se declaran heterosexuales y viven su cotidianidad apegada a esa “norma”. Se espera que las mujeres trans les gusten los hombres y por tanto sean heterosexuales y “normales”. A sus parejas les interesa ser reconocidas como personas heterosexuales. Mientras a las mujeres trans que prefieren mujeres como parejas, se les pide que se reconozcan como lesbianas.

En el fondo, el tema es: ¿qué es ser normal?, ¿quién lo define?, ¿cómo es que narrarme a mí misma como una persona con experiencia de vida trans es mejor o peor que narrarme como “hombre” o como “mujer”? Ser mujer “normal” no es menos cuento que ser mujer “trans”, o ser persona de género fluido o lo que sea. Al final todos los géneros son literarios. ●



LUGARES PARA ENCONTRAR-SER

Pablo Peregrino

Entre los años 2007 y 2013 una parte de mi vida coincidió con un pequeño esplendor bogotano: el de algunos lugares donde las personas podían expresar sus códigos amorosos y de seducción sin sentirse cohibidas. Son lugares en los que fui testigo de vidas ajenas que me permitieron aprender infinitos elementos de lo que implica ser uno mismo, cada quién a su manera. Relatar esas vidas me tomaría una extensión tal vez infinita, por lo que aprovecharé las siguientes líneas para hablar brevemente de los espacios que la confluencia de dichas personas permitió que existieran en el tiempo señalado antes.

Los primeros son los bares. En Chapinero se encontraban muchos de los lugares que se frecuentaba en esa especie de ritos de iniciación que implicaba asumir un cierto tipo de identidad contra la que algunos se rebelaron y en la que otros se encuentran cómodamente expresados. Anónimos, D'Cool, Mystica, El perro y la Calandria, La Oficina, son algunos de los nombres de aquel tiempo. Hubo otros como Box Bar, donde, según me contaron, había cuarto oscuro —como en muchos amaneceros sobre la Caracas, cuyos nombres solo terminaban aprendiendo los clientes habituales—; también estaba Ferchos, con su *show* de *striptease* a medianoche. Para hablar de Theatron sobrarían las palabras para quienes lo hayan frecuentado entonces y ahora. De Blues habría que recordar su escena medio punkera, medio gomela.

Los siguientes espacios son los videos. Espacios de la ciudad dedicados a los encuentros casuales entre desconocidos. Allí, al abrigo de la oscuridad, de las proyecciones XXX, de la música electrónica, pop o de plancha, se encontraban solitarios habitantes de las calles bogotanas, que ansiaban una caricia: algunos con la misma cotidianidad de quienes la asumen como otros asuntos de la vida —como comer o trabajar—, otros en un rito que solo podía efectuarse

cada cierto tiempo. Ibiza y Cómplices eran algunos de los más frecuentados; en segunda medida habría que recordar todos aquellos que tenían nombres fáciles de olvidar, los que existieron por breve tiempo, o los que se ubicaban en el centro, cuya lenta agonía fue marcada por el crecimiento del uso de las tecnologías y las redes sociales —incluidas las aplicaciones—.

Un subcapítulo de los videos sería el de los saunas. Esos espacios que comenzaron como un servicio de lujo y exclusivos, pero que, gracias a las rumbas de fines de semana, conseguían reunir gente completamente disímil en la tómbola de los solitarios que se encuentran por un rato. Cómplices, Babylon, Bagoas, Dagoas son algunos de los nombres que más fácilmente se ubicaban desde la Guía LGBTI, publicada y entregada en las marchas del orgullo de la ciudad.

Entre los bares, videos y saunas la gente terminaba recorriendo calles que no habían cruzado por otra razón, o que en el día les servían como escenario de fondo para sus primeras incursiones laborales o universitarias, o para sus primeros amores. Y así terminaban, por ejemplo, en el Centro

Comunitario de Chapinero, una idea de la administración de Lucho Garzón que terminó por transformarse hasta las apuestas actuales. En su momento, se convirtió en espacio de encuentro para todos aquellos que precisaban de apoyo, de entretenimiento, de ayuda.

Es preciso mencionar los grupos de estudio de las universidades. El Grupo de Apoyo a los Estudios sobre la Diversidad Sexual (Gaeds) de la Universidad Nacional era uno de los más antiguos. Junto a Pénulo —Universidad Pedagógica—, Stonewall —Universidad Javeriana— y los grupos de la Universidad de los Andes y de la Universidad Distrital se creó una red de actividades académicas que permitieron llevar debates de altura a esferas públicas y de amplia participación, incluida población que estaba en contra de las garantías en derechos que los gobiernos venían aportando a las comunidades LGBTI.

Todos fueron espacios en los que se podían compartir sensaciones, inquietudes y vivencias. Hoy en día sobreviven algunos de estos lugares donde las personas se encontraban para ser. Otros de ellos han desaparecido y solo viven en los vagos recuerdos de quienes los frecuentaron. ●



Foto: Alfonso J. Venegas

ESTACIÓN MUSEO NACIONAL

Una crónica imaginaria de un trayecto, una ensoñación y una desaparición en Bogotá.

Lorena Duarte*

Bogotá

Cuando esperaba el bus en la estación del Museo Nacional un joven pasó por detrás de mí y noté que me estaba mirando la cola de manera lujuriosa. Me subí al bus y aquel joven ya se había sentado en las sillas azules del bus híbrido. Volvió a mirarme. Él quedó sentado en la silla de adelante y eso me permitió observarlo todo el tiempo. Me llamó la atención que tuviera una camisa vaquera: siempre tuve predilección por ellas, al igual que por ciertos olores masculinos. El joven tenía una barba espesa que lo hacía ver mayor de lo que en realidad era. Tendría unos 25 años y aunque estaba muy sucio y andrajoso, tenía una belleza natural por el equilibrio de sus facciones. Una raíz recta y bien definida, pómulos salientes, ojos negros y profundos con unas pestañas largas, crespas, enmarcados en unas espesas cejas. Para rematar, unos labios gruesos y bien delimitados. Tenía una cachucha azul que lo protegía del sol, me imagino, por las largas jornadas que debía pasar a la intemperie. También tenía un pequeño costal, era amarillo, marcado con el logo de arroz Roa.

Seguía observándolo desde atrás como una espía secreta. Alguien se sentó a su lado. Era un señor mayor, canoso que sacó una Biblia y empezó a leerla. Eso llamó mucho la atención del joven e iniciaron una conversación. El joven le preguntó si era cristiano a lo cual el anciano asintió con la cabeza. Cuando el chico empezó a hablar me di cuenta de que era de origen campesino –tal vez boyacense por el acento que tenía–. Hablaron sobre cómo todos



Foto: Alfonso J. Venegas

somos pecadores. El señor mayor le decía que era necesario aprovechar la vida que teníamos porque no sabíamos cuándo la podemos perder. El anciano respondió que por eso era importante hacer las cosas bien en la Tierra para que cuando tuviéramos el llamado del Señor estuvieran todas nuestras deudas espirituales saldadas y poder descansar tranquilos en la eternidad. Súbitamente el joven se levantó apurado porque ya se tenía que bajar. Empezó a sentirse su angustia puesto que por estar hablando con el anciano no se había alcanzado a bajar en aquella parada. Daba retumbos contra el piso y les pegaba insistentemente a las

barandas. Timbraba y timbraba sin ningún resultado (de pronto no sabía que el bus solo se detendría en el próximo paradero. Quizá tampoco sabía que probablemente solo se estaba postergando ese encuentro con lo espiritual...). Dicen que las cosas siempre suceden por nuestro bien... o quizás no. El bus llegó a la siguiente estación. El joven se bajó abruptamente y salió corriendo por la séptima con calle 70. A los pocos segundos un carro que venía a gran velocidad lo arrolló, salieron a volar su cachucha y su costal amarillo. No se movió más. Tampoco supe más de él. El anciano continuó leyendo su Biblia mientras esperaba volver a casa. ●

* Actriz, cursa la maestría en Artes Vivas en la Universidad Nacional.

PRELUDIO A LA ELASTICIDAD DEL GÉNERO

Lo que no es real es lo
que se hace invisible.

Alfonso Venegas*
Bogotá

Brayan Garzón, un caso que
estremeció a la comunidad
LGBTIQ.

La tarde del domingo 16 de octubre de 2016 se convirtió en una tragedia para la familia de Brayan Garzón. Ese día, los noticieros de todo el país publicaron la noticia de que el joven ciudadano habitante de la localidad de Engativá salía de un *baby shower*, que iba junto a su esposa embarazada, que estaba maquillado por una penitencia en un juego, que pasaba por una tienda y que una mujer lo apuñaló después de una riña. Contaron que Brayan iba a ser padre, que su hijo no nacido quedaría huérfano, que su asesinato había sido por estar maquillado

y que, como todo buen muerto, este era santo. Un año después, ya concluido el caso, judicializada la asesina e indemnizada la familia, se sabe que hay ciertos matices que los medios no mostraron, bien sea por amarillismo, por ignorancia del caso o por la inmediatez de la prensa. La forma en que se mostró la noticia evidentemente conmovió a la comunidad LGBTIQ de Bogotá. Tanto así que el artista Alfonso J. Venegas sintió que se estaba gestando en el país un coctel homofóbico, mezcla de la misoginia y lesbofobia que se evidenció con las cartillas de educación de Gina Parody, más el trato satanizante que tuvo el enfoque diferencial de género de los acuerdos de paz, sumando la cruzada discriminatoria del referendo de Viviane Morales y la cereza de este: un supuesto “crimen de odio” en el que una mujer, en un acto de homofobia

desmedida, atacaría a puñal a un hombre por estar maquillado. Un chivo expiatorio que no resultó ser tan bueno y que, como dice René Girard, fue más que todo una víctima de violencia mimética.

Muñequita Barbada fue una serie fotográfica que Alfonso J. Venegas y Fernando Riveros hicieron en contrapunto a estos atropellos contra la comunidad LGBTIQ que promueven grupos religiosos y políticos de corrientes de extrema derecha. Con una publicación en redes sociales pudieron convocar a 130 hombres de todas las identidades sexuales y de género para que se maquillaran y se dejaran hacer un registro fotográfico en memoria de las víctimas de crímenes de odio. Venegas y Riveros hicieron un intento de radiografía de la sociedad bogotana. Descubrieron con su proyecto que los medios de comunicación y la política manejan unos discursos muy distintos a las percepciones que tienen muchos ciudadanos en Bogotá. Para los artistas fue relativamente fácil encontrar una treintena de hombres heterosexuales, 20 bisexuales, 10 asexuales, un hombre transgénero, una mujer transgénero y 68 hombres gays cisgénero que estuvieran igual de inconformes con la latente homofobia que hubo el año anterior. Formular una obra que se presentara como un preludio a la elasticidad del género era un reto para Alfonso Venegas: mostrar a 130 hombres con barba maquillados es ir en contra de todo el binarismo interpuesto y acentuado que se quiso imponer en el país y que sigue solapadamente, estando latente en el inconsciente colectivo. Es estirar el caucho desde el lado más frágil y transgresor: Desde replantear la masculinidad con un gesto y un poco de maquillaje. En cierto modo es jugar con fuego porque se está mostrando una realidad que antes era invisible: La masculinidad es tan frágil que se rompe con un poco de colorete y una quebrada de muñeca. ☺

* Artista y fotógrafo.



Foto: Alfonso J. Venegas

El artista Alfonso J. Venegas, con sus obras y ejercicios estéticos, busca demostrar esta categorización de lo gris en el sexo y el género porque considera que cada extremo es un lado del caucho que se estira y, tanto en la sexualidad como en el género, no hay héroes ni villanos. Solo hay una búsqueda de la identidad.

MOLANO SIEMPRE

Miguel Ángel Cuesta Palacio
Bogotá

“¿Y si... y si él se ha enamorado de quien no debe, pero es feliz...?”. Han pasado 25 años desde que Felipe le hizo esta pregunta a su padre. Felipe se refería a que se había enamorado de Leonardo, un compañero del colegio. Los tres son personajes de la novela *Un beso de Dick*, de Fernando Molano, ganadora del premio de la Cámara de Comercio de Medellín en 1992. Fernando fue un autor bogotano y contó su historia a través de tres libros, el primero es la novela ya mencionada, el segundo es un poemario, *Todas mis cosas en tus bolsillos*, y el tercero es *Vista desde una acera*. Los tres libros son una mirada al amor entre dos muchachos, los problemas de la pobreza, la marginalidad y el deseo de salir adelante en medio de una ciudad llena de prejuicios. A Fernando no le alcanzó la vida para escribir más ni para ver toda su obra publicada, pero lo que dejó fue lo suficiente para volverlo un personaje de culto, una obra que todo aquel que se sienta excluido de esta vida por enamorarse de quien no se debe, debería leer. Podría decirse que ha sido el único autor colombiano que le dedicó toda su obra a hablar de su amor hacia los muchachos, de su único amor y de lo que eso le costó. Fernando murió de Sida en 1997, tiempo después de la muerte de su novio Diego por la misma enfermedad. Leerlo es caminar con él por las calles de la Bogotá de entonces, es ver a dos jóvenes queriéndose, es verlo a él en la Luis Ángel Arango, es vivir su historia, conocer al hombre, al joven, pero sobre todo al niño que nunca dejó de ser.



VIÑETA / SINDY ELEFANTE

